revolución. Por repercusión, viene a ser un argumento más en pro de la benevolencia para con las democracias. Hitler mismo no ha podido encontrar hasta ahora argumentos específicamente económicos como los que el llamamiento le ofrece, para cimentar sus arrechuchos mesiánicos y sus promesas de reino milenario. Naturalmente, no pretendemos refutar al centrismo acusándolo sólo de haber faltado a uno de los principios marxistas. Demostraremos que el principio mismo es aún válido e infundado el nuevo tartamudeado por él. Reservándonos el mayor acopio de argumentos para una refutación general, que vaya desde Gorkin y Pivert hasta MacDonald y Burnham, esbozaremos el razonamiento fundamental.

El capital financiero no ha sido, ni mucho menos, "expulsado del Estado fascista". Contrariamente, ese tipo de estado es su principal y más eficaz instrumento. El superior poder militar de Alemania, tanto en ésta como en la pasada guerra, resulta de la mayor centralización e idoneidad técnica de sus monopolios industriales. La iniciativa que estratégicamente le ha distinguido, no es indicio de nuevo régimen social. En todos los ejemplos históricos que pueden citarse, los regímenes nuevos, revolucionarios, han luchado y vencido en condiciones de inferioridad técnica y militar. Sólo como consecuencia del triunfo es sobrepasado el nivel anterior. Alemania, superiormente armada, prueba precisamente lo contrario de lo que el centrismo pretende; es la técnica capitalista llevada hasta la perfección máxima. El papel administrativo del fascismo, ha consistido en dar a la industria la mayor coordinación y tensión posibles sin suprimir la propiedad privada. Incluso en esto no ha hecho mas que realizar la idea de "guerra total" de Ludendorff, uno de los representantes del militarismo pre-hitlerista. La gran industria ha sido la más beneficiada. Ni cortapisas, ni canalizaciones impuestas como una necesidad de guerra, han anulado el valor de las acciones ni suspendido el reparto de dividendos. Hablando ante los obreros de una fábrica, Hitler se vanagloriaba, como de algo muy radical, por haber limitado los beneficios de las grandes empresas durante la guerra, al 10 por ciento del capital invertido. Tenida cuenta de la proporción astronómica de las demandas de guerra, podemos deducir que los capitalistas alemanes están realizando pingües beneficios. Hasta aquí, nuestros propios adversarios estarán de acuerdo. Pero ellos no solamente se representan esta gran industria sin capital financiero, sin él suponen que puede reproducirse e invadir el mundo.

Vengamos pues a la parte, inovadores con muletas. La interdependencia del capital financiero y la gran industria es un fenómeno harto conocido, idiosincrático de la época imperialsta. El poder de los bancos de Inglaterra y los Estados Unidos, no es sino relativo. Su capital financiero está compuesto, en realidad, de una cantidad X de valor efectivo, en dinero o metales preciosos, y otra cantidad, centenares o millares de veces mayor, en bonos del estado, títulos de la deuda interior o exterior, paquetes de acciones de los grandes truts industriales y de la banca misma, pagarés, etc., es decir, en papeles sin ningún valor intrínseco, representando únicamente títulos de propiedad sobre utilidades futuras. El volumen circulante del capital financiero no está en relación directa con su valor efectivo, sino con las transacciones e inversiones que abarca; lo que es lo mismo, con la plusvalía que acapara. Pero ¿qué ocurriría si Alemania resultara victoriosa? La plusvalía del mundo, al menos de la mayor parte, convergería sobre Berlín. Embotellado en la isla, el capital financiero inglés descendería por debajo del nivel de su valor efectivo, mientras que el alemán, avivado por las futuras ganancias, se multiplicaría geométricamente, aunque su núcleo efectivo no ascendiera siquiera en la proporción mínima respecto del volumen nominal. Está sobreentendido que la crisis que seguirá a la guerra, y las interferencias revolucionarias del proletariado y los paíse coloniales, podrían alterar totalmente, o simplemente retardar, el inflamiento de las finanzas alemanas. Pero si la sociedad capitalista se sostiene, en caso de triunfo de Hitler, a la curva de descenso del capital financiero en Inglaterra, corresponderá una curva refleja ascendente del capital financiero alemán. El objetivo mediato de las limitaciones a los capitalistas impuestas por el fascismo, no es otro que la conquista del dominio financiero, primero sobre Inglaterra, después sobre Estados Unidos. La fusión entre el Estado y el capital financiero resulta ser más completa en Alemania que en Inglaterra. Afirmar aun que el desbordamiento de la industria alemana puede efectuarse sin capital financiero, es admitir que tampoco lo producirá. Ahora bien, una industria que se desarrolle y organize así, es sólo posible mediante la planificación total de la economía, previa expropiación de los capitalistas privados o los poseedores de acciones. Nuestros centristas se ven conducidos a renunciar a su teoría o admitir que Hitler inaugura toda una etapa histórica y que la revolución social es un mito.

En realidad, han confundido la limitación del cambio y la carencia de inversiones (acumulación ampliada), con inutilidad del capital financiero; la lucha por su conquista con su expulsión. Nada tiene de extraño que, como consecuencia, gratifiquen al fascismo con una capacidad de resolver contradicciones, imposible bajo el capitalismo. A semejanza de MacDonald y Burnham, aunque menos categóricamente, tienden a retirar al fascismo la categoría capitalista, poniendo en su lugar algo así como la "managerial revolution" del profesor misántropo, familiar a nuestros lectores americanos. Los hechos, por su parte, han dado ya suficientes elementos de juicio para reducir a polvo estos balbuceos asustadizos. Tras los cascos alemanes van los bancos a recoger el botín. Apenas tomada Checoeslovaquia, el Dresdner Bank y el Deutsche Bank, obligaron a los capitalistas Checos y judíos a vender sus paquetes de acciones a un precio de baja artificialmente provocado por el Gobierno alemán. Otro tanto ocurrió al capital francés invertido en las fábricas Skoda. En Francia, las casas de banca y los capitalistas alemanes se están convirtiendo en los principales accionistas de las grandes empresas. Un despacho reciente, daba por vendidas a los alemanes la mayoría de las acciones del Banco de Francia, es decir de la caja fuerte del Gobierno. Esta manera de eliminar el capital financiero, vale